

# Creación literaria

DORI VALERO VALERO<sup>1</sup>

---

## KUAMKA<sup>2</sup>

Todas las mañanas se levanta antes de que amanezca y va a la fuente a por agua. No recuerda cuando empezó esa fatigosa rutina. Siempre ha sido así. Cuando lo piensa tampoco quiere que sea de otra forma. La casa de paredes de adobe donde vive su familia es demasiado pequeña para poder estar a solas, para poder pensar en ella misma, para poder soñar. De camino a la fuente puede imaginar cómo quiere que fuera su vida. Sabe que hay una vida diferente. Lo ha visto en la tele. Ella no sueña con una vida como de esas personas que todos los días entran en su casa. No quiere aventuras. Quiere comer dos veces al día. Quiere ir al colegio. Quiere aprender a leer y escribir. Quiere ser médica o quizás empresaria. Siente envidia de las niñas que ve pasar por el camino de arriba hacia la escuela. Le gustaría estudiar y aprender para que las mujeres que van a la fuente hablen de ella como lo hacen de la vecina de la casa que vive cerca de los campos. Algunas dicen cosas feas de ella. Que su marido no vive con ella. Que se ve con otros hombres. Da igual, la mayoría dicen que es muy lista. Dicen que le han dado dinero para montar su taller. Primero, le dieron dinero para comprar ropa usada que vendía en el mercado y ahora, le han dado un microcrédito, para comprar unos telares con los que teje telas que vende a empresas grandes. Todos sus hijos van al colegio, incluso las niñas.

Todas las mañanas anda hasta la fuente y desanda hasta casa el mismo camino. Lo conoce de memoria y lo puede hacer con los ojos cerrado. Una mañana, en medio del camino, se encuentra a una anciana pequeña, robusta con un adorno en la cabeza de color verde. Está en medio del paso. No quiere molestar a la anciana, pero tiene prisa, debe volver con el agua para que su madrastra se vaya al mercado. Intenta pasar apurando el espacio del angosto camino por uno de los lados de la anciana. Es imposible. Ocupa casi todo el camino. Da la vuelta. Coge el camino de arriba. Es más largo, pero si corre un poco llegará a tiempo a casa. Llega a la fuente, llena el cántaro y regresa a casa. Vuelve por el camino de arriba para no encontrarse a la anciana que bloquea el paso por el camino corto. Cuando entra en el camino, ve que la anciana está en el camino de arriba. A lo lejos oye unas detonaciones fuertes que retumban en las paredes de la estrecha garganta de piedra. Se asusta. Deja caer el cántaro al suelo. Da la vuelta para ir por el camino de abajo hasta su casa. La precipitación de su carrera hace que pierda una de las sandalias. No nota los guijarros que se le clavan en los pies. De repente, en sus oídos se hace vacío y

1 Técnica de apoyo a la coordinación. Máster Universitario en Investigación Aplicada en Estudios Feministas, de Género y Ciudadanía. Instituto Universitario de Estudios Feministas y de Género Purificación Escribano. Universitat Jaume I de Castellón, email: avalero@uji.es.

2 Despertar en suajili.

sólo siente el latir de su corazón. Tiene los ojos lo más abierto que puede, pero no ve. Sus piernas parecen tener vida propia, ni siquiera nota que corre y dónde va. Tantas mañanas haciendo el mismo camino, lo conoce sin que el cerebro mande las órdenes para avanzar.

Los pop, pop, pop... cesan. Un fuerte olor a quemado se extiende por el ambiente. Al llegar cerca del pueblo para en seco. Ve una fila de todoterrenos que se acercan hacia ella. No sabe quiénes son. Da igual. Milicianos. Soldados del ejército. No importa. No es la primera vez que esos hombres armados entran en el pueblo. Su madrastra siempre le dice que se esconda. Ha oído a las mujeres hablar de ellos. Se llevan a las niñas más guapas. Se llevan a los niños pequeños. Una vez incluso se llevaron a una mujer casada, después de matar a su marido. Recuerda que preguntó a su padre. «¿Por qué?». Él no le respondió. Nunca le contesta, sólo le da órdenes. «Ve a por agua». «Tráeme eso». «¿Está ya lista la comida?»... Cuando se quedó a solas con su madrastra le respondió. «Porque pueden». «Tú debes cuidarte». «Los pobres como nosotros tenemos que obedecer e intentar no morirnos de hambre». El ruido de los motores le anuncia que los coches pasan por su escondite. Se encoge más para hacerse aún más pequeña y que no la vean. Si la descubren sabe que la matarán o algo peor. La venderán o la convertirán en esclava sexual o... no quiere pensar en ello.

El sol está en la cima de la montaña cuando se atreve a salir de su escondite. Se acerca al pueblo. Todavía se ven algunos fuegos y, sobre todo, humo negro. El olor a vida quemada nunca podrá olvidarlo. Se dirige hacia su casa. Encuentra cadáveres que reconoce a pesar de que unos estén carbonizados y otros tengan cortes de machete que los convierten en una masa de carne. Un nudo en la garganta taponaba la salida de un grito de dolor, de impotencia y de rabia que surge de sus entrañas. En la puerta de su casa, de la que sólo queda en pie algunas de las paredes. Cerca de la puerta está el cadáver sin vida de su madrastra y sus hermanos pequeños. No se atreve a mirar dentro. Prefiere no saber qué ha sido de su padre y su hermano mayor. Caen de rodillas y sus ojos se nublan. No tiene fuerzas para levantarse. No puede pensar qué hacer. El cuerpo del mayor de sus hermanos pequeños convulsiona. Se acerca temerosa. Puede ver que el niño tiene el cuerpo cubierto completamente de hollín. De una herida en la cabeza mana sangre que se mezcla con el tizne convirtiéndose en una pasta negruzca. Sucede lo mismo en uno de los brazos en el que se distingue un machetazo. Oye, a su espalda, unos murmullos y un estallido en llanto. No se gira. No quiere saber. Coge a su hermano en brazos. Sale corriendo. Sabe que volverá otra patrulla y se llevará lo que haya quedado en pie. No tiene claro hacia donde se encamina, pero no tiene más opción que huir. Allí no queda nada.

El sol desaparece detrás de la montaña poco a poco. Pronto no ve nada. Sigue andando hasta que no puede más. Caen rendida. Su hermano sólo ha gemido unas pocas veces y de manera muy débil. Agradece que el niño no llorara y gritara de dolor o de hambre. Ella también tiene hambre. No ha comido nada desde el pequeño plato de pescado del día anterior. No hay nada que llevarse a la boca, ni una planta. Finalmente se queda dormida.

Como cada mañana se despierta antes del amanecer. No tiene fuerzas ni ganas de levantarse y seguir caminando. No se puede quedar allí. Su hermanito tenía fiebre y tiritaba. ¿Qué puede hacer? Lo carga a su espalda. Se levanta lentamente y comienza a andar. Paso, paso, paso, paso... Se concentra en que las piernas le respondan. Dirige su mirada hacia el horizonte. La meta. A media mañana ve a un grupo de gente andando en la misma dirección que ella. Empujan algunos fardos con un andar cansado y pesado. Se acerca. No parecen peligrosos. Tal vez sepan dónde puede ir. No pronuncia palabra. Prefiere pasar inadvertida. Comportarse como un espíritu invisible. Así, tal vez, le permitan seguir con ellos. Así, tal vez, esté protegida. Al rato, una mujer se le acerca. Comienza a gritarle. Su voz suena amenazadora. No entiende su lengua. Sí entiende que tiene que apartarse. No sabe de dónde saca las fuerzas para separarse corriendo del grupo. Lo hace. El nuevo camino no señalado la lleva a cambiar su meta. Ahora es una montaña lejana.

No sabe cuánto tiempo ha pasado. Llega a la montaña. Se siente reconfortada. No entiende por qué. Al acercarse, ve una enorme mujer. Una «giganta», que sale del montículo y le abre sus brazos. Se aproxima. El abrazo resulta reparador. La gigante le ofrece agua. Apaga su sed. Descabalga a su hermano de su espalda. También le da de beber. El pobre niño apenas se mueve. Ni tiritita. Por un instante, se le antoja que ni respira. Se sienta para pensar qué tiene que hacer. Ve, otra vez, a la menuda y rolliza anciana que vio unos días antes. Hace un esfuerzo por acercarse a ella. Le pregunta. «¿Eres un mal augurio?» «Si anuncias nuestra muerte, mátanos ya». Se tropieza. Caer de bruces sobre un arbusto. La mujer ha desaparecido de nuevo. No sabe qué tipo de planta es. No le importa. Coge algunas hojas y se las come. Ha visto a los animales comer de alguna de las plantas que crecen en la montaña. Tienen un sabor horrible, pero si la mantienen viva... Intenta que su hermano también coma. El pequeño no tiene fuerzas para comer. Lo deja tranquilo. Se apoya en el regazo de la maternal piedra de arenisca. Descansa.

En el estado de duermevela en el que entra ve, de nuevo, a la pequeña y rolliza anciana. El tocado verde se ha roto. Apunta hacia una puerta entreabierta detrás de la cual ve una amenazadora figura. Se despierta sobresaltada. Tiene que seguir su camino y rápido. Piensa que puede coger unas cuantas hojas de sabor horrible para el camino. Por si acaso no encuentra nada que comer. ¿Dónde las guarda? Si tuviera bolsillos su ropa podría guardarlas dentro. Sin ellos... no puede llevarlas en las manos, menos cargando a su hermano a la espalda. De repente nota que el cálido viento pasa a convertirse en una brisa heladora y le trae un trozo de tela rasgado que reconoce. Tapaba la cabeza de la mujer que le había gritado cuando ella quería pasar por un espíritu. Lo coge apresuradamente. Hace un hatillo. Carga a su hermano a la espalda y cuelga el bulto de su brazo. Tal vez no es tan malo atravesar la montaña. Usa las fuerzas que le quedan para conseguir llegar al otro lado. Allí nuevamente le espera la pequeña y rolliza anciana. No lo piensa. Sigue el camino que le indica.

Al final de la noche llega a una especie de campamento rodeado de una alambrada. Sigue la valla hasta llegar a unos grandes portones de madera. Se parecen a las puertas de los corrales del pastor del pueblo de ovejas, pero mucho

más grande. Se acerca. Un hombre le para. Abre la boca para decir algo. Calla de repente. Le quita a su hermanito de la espalda. Se va con él en brazos. Ella lo sigue hasta un dispensario donde otro hombre y una mujer atiende al niño. Otra chica joven la guía hacia otro espacio. No entiende lo que le dice. No le salen las palabras. Su último recuerdo es que la chica le acerca una silla donde sentarse.

Como cada mañana se despierta antes de que amanezca. Sin embargo, no es el día siguiente. Han pasado tres días desde que llegara. Una mujer se le acerca. «Hola dormilona, ya te has despertado». «¿Cómo te llamas?». «¿De dónde vienes?». La entiende. Habla como ella. La mujer le explica que está en un campo de refugiados. Que como no tienen padres se hacen cargo de ella y su hermano hasta comprueben lo que ha contado y si les queda alguna familia. También le dice que, a veces, alguna familia se hace cargo de los huérfanos del campo. Que no saben qué pasará. Pregunta por su hermano pequeño. Está mejor. La fiebre ha bajado. Esto siempre es bueno. La médica ha tenido que amputarle el brazo. No está a salvo todavía.

La pequeña no puede dejar de pensar qué pasará ahora. Pronto descubre que la vida en el campo de refugiados no es fácil. Como ella es muy pequeña le buscan un cuidador temporal que la ayuda a conseguir comida, leche, ropa... De todas maneras, ella es la que tiene que hacer la comida. La que tiene que acarrear la lecha y el agua. La que tiene que limpiar... Su hermano, ya recuperado, le ayuda en algunas ocasiones. Hay una carpa donde hay juegos y otras cosas. Ha empezado a hablar inglés. Así es más fácil conseguir comida y decirle al personal de los chalecos lo que necesita. Todavía no tiene claro qué diferencia hay entre quienes llevan los chalecos azules y quienes llevan los chalecos blancos con el dibujo rojo en la espalda. Por el momento da igual. También ha empezado a leer. Pronto escribirá. Sabe que la vida no es fácil. Oye a las mujeres cómo dicen que se morirán allí. Que sus hijos e hijas no tienen futuro. Quizás sea verdad. Sin embargo, sabe que ella algún día podrá ayudar a personas que estén en campos de refugiados como ella. Alfajiri<sup>3</sup> quiere ser médica o empresaria. Sabe que un día lo conseguirá. Se lo ha dicho al oído la pequeña y rolliza anciana que la visita todas las noches cuando está durmiendo.

3 Amanecer en suajili.